



SABIHONDEZ

Porque troné una vez contra el *adjetivismo*, la prodigalidad en los calificativos, un amable lector me enderezó —quién sabe si con ribetes de ironía— una serie de observaciones que pueden condensarse en esto: «habría que exigir al artista, al literato principalmente, un buen caudal de sabiduría».

¡Alto ahí! La intelectualidad no es un caudal, sino una condición. Y acumular un tesoro de ciencia, tampoco significa ser sabio.

Entre *saber* y *entender*, hay que optar por esto último. Estar al tanto de un movimiento cualquiera de cualquier ramo de la sabiduría, es sólo un complemento.

Se suele confundir el cúmulo de conocimientos adquiridos con la posesión de ideas propias. La ignorancia no es la carencia de instrucción, sino de meollo. He podido notar que algunos iletrados discurren muy bien, mejor que muchos *pozos de ciencia* que andan por ahí dándose pisto.

Nadie podrá encasquetarme que el número de volúmenes leídos determine un genio, como no creeré que un atracón sea una alimentación. La superioridad con que acostumbra a presentárenos algunos señores muy leídos, resulta chocante. Abarcar no es crear, de igual manera que el lactar no es lo mismo que dar a luz. Y, sin embargo, todos hemos visto desdeñar a Shakespeare por inculto. Lo fue, si se quiere, en cierto sentido. Pero esas *inculturas* son cosa divina.

Me asocio de buen grado al escritor que solía abstenerse de leer obras ajenas, para ser original —en el recto y buen sentido de la palabra— con las propias. Desconocer es, a veces, una independencia fructífera. Los genios nativos, los únicos, no necesitan *marchamo*.

Que el autor de *Hamlet* fuera leñador o cochero, que Zola principiase siendo un estudiante desapl-

cado y un medianejo escribiente, que Edison no tuviera sino rudimentarios conocimientos científicos, que Spinoza compusiera relojes, y Juan Jacobo dirigiera una orquesta, y Dickens engomara papel, y Hartzembusch fuera ebanista, etc., no debe admirarnos pizca. ¿Qué distintivo docente pudo ostentar Homero? ¿Qué título académico lució Sófocles...?

A los artistas y a los verdaderos oradores les exijo yo que digan lo que sienten, no lo que saben. Lo que sepan, puedo saberlo yo también: lo que crean, no puedo yo crearlo.

Alguien podría suponer que nuestra mira va encaminada a una emancipación licenciosa, del entendimiento, equivalente a una rebeldía. No es eso. Puntualizamos la necesidad de sustraernos a la influencia de los sabios-ecos. La humanidad no les debe más que estorbo y, en el terreno del arte principalmente, tienen los visos de calamidad. Cuando un señor que *sabe mucho* invade los dominios del arte, hay para echarse a temblar. ¡Qué abundancia de pedantería y qué escasez de frescura...!

El que intente producir, dotado de facultades para ello, no hará mal si adrede procura adolecer de cierto descuido. La concepción no consiente exceso de fecundación, porque sería caer en el libertinaje. Cuantos eruditos me salen al paso, producenme el efecto de otros tantos mercaderes del amor. Saben mucho del amor y desconocen lo que es amar.

Buscad el contingente de fatuos, dogmáticos e impertinentes entre esas almas secas de la producción artística. ¡Lindas cotorras, pero cargantes...! Cuando un individuo me dijese: *yo he leído mucho*, me parecería estar oyendo a un tragón exclamar: *me he comido veinte platos diferentes*. Sabiduría postiza, pura

asimilación que indigesta sin remedio. Tendría gracia saber veinte lenguas y no saberse expresar. Chrysipo fue un filósofo de Grecia que lo sabía todo, hasta... la mar de absurdos y dislates. No produjo, *se enteró*. Y no es una gran maravilla el enterarse únicamente. Una idea de un talento *madre* puede valer por cien volúmenes de otros tantos Chrysipos que lo *sepan todo*.

Para el arte, nada como la espontaneidad. Cierta inconsciencia equivale a un encanto. La copla de un pastor, improvisada con incorrección pintoresca, está por encima del fárrago de *repeticiones* endilgadas por un *homo sapiens*. Pensar con el corazón es cosa que extrañará a muchos... por lo mismo que está reservada a pocos. Los sesos que ejercen de cámara obscura valen menos que aquellos en los cuales el fósforo suelta chispazos sin saber por qué. Limitándose a discurrir, se aborra uno el prejuicio; atendiendo sólo a lo asimilado, resulta el cerebro al nivel de un fonógrafo.

Hay sabios *oficiales* que resultan sumamente graciosos. Su producción tiene caracteres de vomitina, sus meditaciones parecen arcadas. Tuvieron tiempo, afición, ocasión y medios para hacer muchas cosas. Y... eso, *saben muchas cosas*. Nada más. Lo cual es bien poco. Deslumbran, pero no enseñan; admiran, pero no seducen; vienen a ser, en suma, portentosas insignificancias. Almacenaron tanto, que cuando un hombre de esos se pone a liquidar las existencias, asusta. Por el mero hecho de *haberse enterado*, se meten en todo: son críticos, autores, poetas, académicos... ¡un horror! Se encaran con Cervantes, tratan de ignorante a Zorrilla, le niegan galanura a Campoamor... ¡El acabóse!